



Cristo ha resucitado. Él es la vida

En un amanecer indescriptible, llega a nosotros el eco prolongado de una noche feliz. Cristo ha resucitado. Aleluya. Y es que hace dos mil años se proclamó la gran noticia, principio de una nueva era y de toda la humanidad resucitada.

Cristo abrió el sepulcro, asumió el tiempo hundido en profética espera y rasgó la vieja túnica del temor y de la muerte. Fue el amanecer más claro de la historia. El día memorable en que el universo estremecido, cantó jubilosamente, tras la primera adoración redimida.

Jesucristo había terminado el combate. La Palabra dormida en la tarde del Viernes Santo tenía cerrados sus ojos. La oscuridad era envolvente. Pero al amanecer del domingo abrió sus ojos encendiendo estrellas y dio vida, con la energía del Espíritu, a toda la humanidad esclavizada.

No está aquí

Esta fue la respuesta del ángel a las piadosas mujeres. ¡Ha resucitado! Nos ha resucitado. Sin necesidad de perfumes, ni ungüentos, ni tambores, ni trompetas, ni desfiles. Se levantó con la majestad del invencible. Con la omnipotencia del Dios, vivo y verdadero. Con la sencillez del Dios —

Hombre.

Fue aquella una hora de fe inmensurable y de amor puesto a prueba. Ha resucitado, aleluya. Nos ha resucitado, aleluya. Somos desde entonces el gran cenáculo de las apariciones, testigos de su verdad redentora. Él se hacía Pascua Viva, se dejaba encontrar y tocar. Y en aquellos encuentros se advertía el olvido de la miseria humana, se palpaba el perdón del corazón de Dios.

La presencia del Resucitado borraba dudas y temores, aunque no fuera fácil la fe para aceptar plenamente que, el Jesús del Viernes Santo; era el Jesús radiante de vida del jardín junto al sepulcro. El Jesús del cenáculo, el de la orilla del lago, el del camino hacia Emaús.

No podemos precisar con detalle cómo fueron aquellos encuentros primeros. Pero tenemos signos de veracidad en las lágrimas de María la Magdalena convertida en apóstol, en el llanto amoroso de Pedro por su pecado, en la profunda adoración de Tomás, en la fortaleza de muchos discípulos defendiendo su fe en el Resucitado. La firmeza de la sabiduría humilde hacía olvidar el ostentoso dominio de los Césares.

